

Una publicación de
MONDE
diplomatique

MIGRACIONES

Conferencia Internacional sobre Migraciones
y Derechos Humanos: Estándares y Prácticas

EDITORIAL

AÚN CREEMOS
EN LOS SUEÑOS



CENTRO DE DERECHOS
HUMANOS **udapec**

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

CIDH

Comisión
Interamericana de
Derechos Humanos

Este libro reproduce extractos de las ponencias expuestas en la Conferencia Internacional sobre Migraciones y Derechos Humanos: Estándares y Prácticas, realizada el 9 y 10 de abril de 2013 en la Facultad de Derecho de la Universidad Diego Portales.



Este libro contó con el apoyo de la Delegación Regional de Cooperación para el Cono Sur y Brasil (Francia).



Liberté • Égalité • Fraternité
RÉPUBLIQUE FRANÇAISE
DÉLÉGATION RÉGIONALE
DE COOPÉRATION
POUR LE CÔNE SUD
ET LE BRÉSIL

© 2013, Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

La editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS publica la edición chilena de *Le Monde Diplomatique*.
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56 2) 2664 20 50
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Diseño: Cristián Escobar
Copyright 2013 Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS.
ISBN: 978-956-340-042-7

Comprensión de la discriminación desde la construcción de la diferencia

por Carolina Stefani*

Hablar de discriminación puede resultar un lugar común cuando el sujeto de discriminación son los migrantes. Digo lugar común, pues no han sido pocos los esfuerzos desde la academia y la sociedad civil de querer demostrar –y denunciar– la situación de discriminación que enfrentan los extranjeros en el país. A la denuncia sigue la pregunta de por qué y cómo se construye esta discriminación y qué tipo de integración se construye, asumiendo que la discriminación no supone sólo la exclusión, sino también formas trucas, injustas y desiguales de integración.

En esta ponencia quisiera abordar el tema de la discriminación desde formas de construcción de la diferencia. Analizaré cuáles son y cómo operan los elementos que van construyendo la frontera que separa el ‘nosotros’ del ‘otro’, cómo se van trazando estos límites y qué significados ponen en juego, pues sostendré que a partir de ellos, se van sentando las bases para una construcción excluyente, y por ende discriminatoria, del otro.

La ponencia en este sentido, no aborda la discriminación desde una consideración normativa: “no se debe discriminar”, sino desde aquello que construye al otro como sujeto posible de ser discriminado. Ello supone que el mandato universal de igualdad requiere estar fundado en el reconocimiento mutuo de personas diversas, y pareciera que es ahí precisamente donde más nos ha costado avanzar.

*PROFESORA DE SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO.

La ponencia se basa en resultados del proyecto Fondecyt “La construcción del espacio y del lugar en contextos de migración transnacional. Espacios públicos y privados de la migración peruana en Chile”. El estudio se realizó en el sector de Plaza de Armas, en Santiago centro. Quisiera referirme en esta oportunidad a las experiencias, relatos y significados que desarrollan los pocos locatarios chilenos que han quedado dentro de la galería comercial llamada Caracol de calle Catedral. No pretendo con esto introducir, la mirada de la sociedad chilena en general respecto de los migrantes (lo que sería sin duda un objetivo ilusorio), sino la mirada desde aquellos chilenos que han quedado dentro de este enclave.

El ingreso masivo de locatarios migrantes a la galería (caracol) se produce a partir del 2000, y fue posible en gran parte porque los antiguos locatarios chilenos se habían marchado, aunque continuaron siendo los dueños de los locales que hoy arriendan a los migrantes. Tomaré dos casos: El primero se trata de una mujer (usaré el nombre ficticio de Marta) que tiene un pequeño taller de reparación de ropa desde el 2000 en el caracol. Trabaja sola desde las 9.30 hasta cerca de las 9:00 de la noche y mantiene a una pequeña clientela que la sigue visitando gracias a la calidad de su trabajo. Marta tiene una visión negativa sobre la llegada de los migrantes, visión que la construye a partir de las ideas de un incremento en la inseguridad, violencia, lo que redundaría en mayor temor y desconfianza. El segundo corresponde a un hombre que vende agujas de coser para máquinas industriales (usaré el nombre ficticio de Wilson). Wilson compró el primer local hace 32 años y cinco años más tarde compró el local de al lado, que actualmente arrienda a unos inmigrantes peruanos. Wilson en los años 80 logró sobrevivir a la recesión económica y después de eso, señala, comenzó a experimentar un acelerado crecimiento que lo llevó a contratar al menos a seis personas más. En ese entonces vendía máquinas de coser americanas. Hoy día sólo queda él. Dejó de vender las máquinas debido a la competencia que significan las máquinas chinas, y actualmente se dedica a vender agujas y repuestos a los antiguos clientes a quienes les vendió las máquinas americanas.

Ambos locatarios han sido testigos de las transformaciones experimentadas por el ‘caracol’ en los últimos años, pero hay diferencias en cuanto a cómo se organizan y estructuran sus relatos.

En el primer caso, se tiende a exacerbar la dimensión temporal para marcar la diferencia entre un antes-próspero en términos económicos y tranquilo debido a la ausencia de migrantes, y un presente de menor actividad económica, más inseguro y violento.

A: todo, todo, todo, ha habido un cambio...

E: y en qué medida ha cambiado para usted?

A: porque si yo comparo 5 años atrás, no está la tranquilidad que teníamos antes. Ahora, por ejemplo yo no me atrevo a trabajar con la puerta abierta, de ninguna manera (Marta).

En el segundo caso, los cambios se asocian a una disminución numérica de los chilenos, un aumento significativo de los migrantes y un consecuente incremento en la actividad comercial de toda la galería.

A: Ahora por ejemplo, cuando yo llegué acá solamente habíamos chilenos, no había ningún extranjero. De hecho el caracol estaba ocupado en un 30%, estaba todo arriba desocupado, pero después llegaron los peruanos. A mí no me afectan para nada, de hecho, yo le arriendo a un peruano. Porque ellos venden sus comiditas, sus cosas, y tienen una clientela bien cautiva entre sus colegionarios (entrevista Wilson).

Pese a estas diferencias, hay un elemento en común que permite comprender la posición que construyen frente a la ambivalencia que provoca sentirse por una parte fundador y originario del lugar, y por otra, sentirse en minoría y muchas veces, un extraño dentro de ese mismo lugar. Lo común es la reclusión que asumen respecto del resto de la galería, reclusión que les permite mantener la distancia, y por ende la diferencia, respecto de aquello que sucede fuera de las puertas de su negocio. Para entender esto, es necesario recordar que todos los locales pertenecientes a chilenos, que son una minoría, mantienen sus puertas cerradas con carteles que indican “abierto” e invitan a golpear para ser atendidos. En contraste, todos los locales de

migrantes, incluso aquellos que cuentan con un importante capital en equipos computacionales, tienen sus puertas abiertas.

Cerrar la puerta es una práctica que permite introducir un límite entre lo interno (mi negocio, mi vida, mi mundo) y aquello que sucede en el resto de la galería. Permite protegerse en caso que lo externo sea visto como una amenaza (el caso de la mujer), o simplemente aislarse respecto de algo que no se percibe como propio (en el caso de Wilson). Si el caracol es visto desde fuera como una galería de y para peruanos, es decir, un enclave de migrantes, aquellos locatarios chilenos que continúan trabajando en su interior, buscan separarse, aislarse, distinguirse y no mezclarse con el nuevo significado que adquiere el enclave.

¿Se transforman Wilson y Marta en extranjeros dentro de un lugar que les ha sido propio durante años? Me parece que muy por el contrario, pues este caso ejemplifica la forma en cómo el migrante incluso ahí donde ha logrado hacer suyo un lugar y “sentirse como en casa”, es una vez más convertido en extranjero, ya no por aquellos externos al caracol, sino por los escasos sobrevivientes nacionales que se han quedado dentro de la galería. El hecho de cerrar la puerta de sus negocios y optar por no vincularse con los migrantes, es una forma de señalar que pese a que ellos (los migrantes) sean una mayoría, no son ni constituyen, ni tienen posibilidad de ser parte integrante del nosotros. Cerrar la puerta y recluirse en sus negocios permite poner a salvo el elemento diferenciador, en realidad, permite poner a salvo la diferencia y mantener a partir de ello, la distinción entre ellos (migrantes) y nosotros (chilenos).

Los elementos que se utilizan para distinguir un grupo de otro varían con el tiempo y los contextos. Lo central es recordar, tal como plantea Barthes (1976) que los grupos sociales se constituyen a partir de marcadores de fronteras, lo que significa que más que pensar en los elementos constitutivos o naturales que darían forma a un grupo determinado, son estos marcadores y sus significados los que determinan la forma y representación que adquiere dicho grupo. Así el enclave no está definido por condicionantes propias, sino por la distinción que se introduce para dife-

renciar aquello que pertenece al enclave, y aquello que no pertenece.

Siguiendo a Appadurai (2007) y Beck (2007), pareciera ser que la función del extranjero en la sociedad moderna es precisamente permitir la existencia del sujeto colectivo mayoritario, o dicho de otro modo, la figura del extranjero permite volver a creer en la ficción de la existencia de un sujeto colectivo integrado, delimitado, homogéneo, normalizado, nacional. El extranjero ofrece un lugar desde donde es posible construir al sujeto colectivo (el nosotros) de manera no fragmentada y en forma altamente cohesionada. Paradoja interesante pues cuando pensamos en que el extranjero encarna la diversidad ineludible de la sociedad moderna, ocurre que el nosotros se reconfigura, eliminando, reduciendo e invisibilizando una vez más, la diversidad presente en el nosotros colectivo.

Pienso que hay un elemento esencial, propio de la experiencia de vida del migrante, que está a la base de la fragilidad e incertidumbre con que enfrentan las formas de habitar y de ser en el lugar. Me refiero a la condición de extranjería que porta, aunque más precisamente, a las consecuencias que tiene dicha condición. La figura del extranjero, desde Simmel en adelante, ha sido comprendida y definida como el extraño que se transforma en vecino, sin que esta cercanía le permita dejar de ser extraño, es decir, el extranjero condensa la figura de aquello anómalo y distinto. Esta forma de conceptualizarlo supone que aquello conocido, similar y normal, está dado por el grupo respecto de cual el extranjero se diferencia. La imposibilidad de mimesis del extranjero (pues perdería la condición de extranjero), es la contraparte que reafirma el 'orden natural' de las cosas. Es aquí donde radica la incertidumbre que enfrenta día a día el migrante, pues dicho orden natural requiere su salida, ya sea por expulsión, o por asimilación. El extranjero-migrante, por tanto, al ser definido como aquello extraño, debe convivir con el deseo, manifiesto o latente, que tiene el grupo de acogida por verlo lejos, de vuelta al lugar de donde vino, o bien, con la exigencia de que deje de ser aquello que lo diferencia para transformarse así en uno más del grupo que lo acepta.

Esta tensión va definiendo las formas de ser y de estar en el lugar de acogida; define a su vez las relaciones y vínculos sociales que establece y los significados que adquiere la experiencia migratoria. De este modo la migración está lejos de fundarse en la estabilidad y seguridad, sino por el contrario, ésta se funda en elementos que lo amenazan constantemente: la posibilidad de ser deportado, independiente de los años que lleve en el lugar de destino y de los proyectos que haya podido forjar; y la solicitud para que deje de comportarse como un extranjero, es decir, una demanda para que no manifieste de aquello que lo sindicaba como diferente. Ello explica las demandas por su silencio (los migrantes son muy bulliciosos), que no cocinen en sus piezas (cocinan con demasiados condimentos) y que no ensucien (dejan todo sucio en la calle).

Entonces, el problema es que desde la sociedad chilena, la aceptación del extranjero no se basa en el reconocimiento legítimo de la diferencia; de ahí la dificultad para que se desarrollen procesos reales de integración. De ahí también las formas de discriminación que surgen, pues el hecho de que el acceso a una serie de recursos económicos, sociales, y culturales, estén distribuidos de manera desigual, se basa en este caso, en la comprensión de que el sujeto no es un miembro de la colectividad pues no se le reconoce como un igual.

Para avanzar en la no discriminación es necesario, no eliminar la diferencia, sino, asumir que hay un sustrato común que permite el reconocimiento de la igualdad. ◆

C.S.